

Extrema violencia en escuelas del DF

Emeequis

La guerra de los chavos

Lo que leerá no ocurre en una penitenciaría, sino en las primarias y secundarias del Centro del DF: intentos de violación entre adolescentes, amenazas e intimidación a profesores, minicárteles de venta de droga, bandas juveniles de narcomenudeo, intentos de suicidio, problemas de conducta y violencia sexual, desintegración y severa violencia intrafamiliar. Más de 20 mil alumnos que asisten a 64 escuelas en esa zona buscan no la excelencia académica sino, sobre todo, de acuerdo con un diagnóstico oficial de la Secretaría de Seguridad Pública del DF, salir día a día con el menor daño posible.

Por Humberto Padgett

A las siete y media del pasado martes 13 de febrero, el maestro José Eduardo Guzmán arrastró sus zapatos con suela de goma hasta la vieja puerta de la calle de Bolivia 33, en pleno Centro Histórico del DF. El bullicio ya rebotaba en las paredes de la antigua casona.

Con el cabello revuelto, sin poder ocultar la huella de una apresurada peinada para llegar a tiempo, Guzmán entró a la secundaria diurna Daniel Cosío Villegas, en donde es subdirector. Una gruesa corbata rayada colgaba floja de su cuello.

Algunos profesores y el conserje lo observan y piensan que Eduardo Guzmán perdió la batalla ante sus alumnos casi el mismo día en que llegó, hace dos años, cuando quiso ponerle el alto a un alumno cuya rebeldía es aún legendaria.

–¡Te vas de aquí! –le exigió el hombre con 23 años de ir y venir por el sistema educativo a Giovanni, un alumno de tercer año.

–Si usted me corre, regreso y lo mato –le respondió el joven, que no fanfarroneaba.

El profesor subió la escalera y se instaló en su oficina, donde dos años después muestra a **emeequis** dos globos terráqueos enderezados después de que los alumnos los convirtieron en balones de fútbol.

La amenaza al profesor no era un arrebato de adolescente, sino una escena que muestra tímidamente la realidad de violencia e inseguridad que viven los poco más de 20 mil alumnos que asisten a las 64 primarias, secundarias y preparatorias –públicas y privadas– ubicadas en el Centro Histórico del DF.

Nadie lo ha dicho así, pero el hecho es que esa se ha convertido en una zona de guerra, donde el aprendizaje diario de niños y jóvenes está centrado en sobrevivir.

Un diagnóstico elaborado por las autoridades de la Secretaría de Seguridad Pública del DF, del cual tiene una copia **emeequis**, no deja lugar a dudas. En esas instalaciones educativas del DF, cuya responsabilidad académica y administrativa es del gobierno federal, pasa de todo:

Intentos de violación entre adolescentes, amenazas e intimidación a profesores, minicárteles de venta de droga, bandas de asaltantes juveniles, problemas de conducta y violencia sexual, desintegración y severa violencia intrafamiliar.

El *Diagnóstico General de los Planteles Educativos Ubicados en el Centro Histórico*, elaborado en agosto de 2006, presenta hechos que no ocurren en una penitenciaría, sino

a 500 metros de la sede de la Secretaría de Educación Pública, en la secundaria Daniel Cosío Villegas:

“Existe violencia sexual entre alumnos del plantel, llegando a intentos de violaciones entre los hombres, como una señal de poder y fuerza entre grupos creados dentro del plantel”.

El informe señala otros problemas: “Adicciones en 90 por ciento de los alumnos al grado de consumir dentro del plantel. La violencia entre los alumnos es tal, que los profesores no intervienen por miedo a su integridad física personal y familiar. Los padres no llevan ningún tipo de tutela”.

Además, “se observa grave violencia intrafamiliar, llegando al plantel con daños severos, la mayoría son huérfanos de padres o hijos de madres solteras”.

El alumnado está compuesto por muchachos provenientes de casas-hogar, consejos tutelares o que han sido rechazados o expulsados de otras escuelas.

La secundaria Cosío Villegas no es un caso excepcional. Es un ejemplo de lo que ocurre en parte de un grupo de 64 escuelas en las que abundan los alumnos violentos, con varios casos de uso de drogas aún dentro de las instalaciones o que ya venden narcóticos en patios, aulas y baños; que ya conocen el Consejo Tutelar para Menores, que han participado en robos o han observado secuestros perpetrados por sus padres.

Hay quienes tienen padres analfabetas o muy jóvenes. Muchos son hijos de los comerciantes ambulantes que copan las primeras manzanas del DF. Unos son hijos de mujeres que ejercen la prostitución en La Merced. Otros tienen a su padre interno en algún reclusorio.

Algunos tienen problemas de desnutrición o están en situación de franco abandono.

Otros ya están iniciados en el asalto a mano armada o en la venta de drogas. Hay quienes integran bandas “extremadamente violentas”. La depresión en otros más es tan profunda, que hay registros de varios intentos de suicidio.

La Secretaría de Seguridad Pública capitalina y la SEP detectaron el año pasado la existencia de 97 puntos de venta de drogas en las cercanías de las escuelas públicas de la capital. Trece de esas narcotiendas fueron ubicadas en los alrededores del Zócalo, en los mismos en que está las sedes del gobierno mexicano, de la autoridad capitalina y de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

En ocasiones no es fácil intervenir ante situaciones de maltrato. La directora de la primaria Marcelino Dávalos, Sandra Oropeza, fue una vez amenazada de muerte por un padre de familia furioso.

“El propio papá le dijo que ‘le meterían un fierrito’ si se seguía metiendo”, asegura una profesora que pide el anonimato por precedentes de represalias a los profesores que han dado información de la situación de la escuela.

En ese plantel, ubicado en la calle de Academia, casi frente al Museo José Luis Cuevas, la expectativa de los niños es tener un puesto ambulante.

Algunos, dice la directora, ya son reconocidos en otras instituciones del rumbo por su tendencia “a apañar”, a asaltar, a otros niños. “El contexto social los empuja hacia las drogas”, dice.

La mayoría de alumnos de este plantel recibe becas económicas para continuar los estudios; sin embargo, algunos padres sólo los inscriben para cobrar la beca y les hacen desertar, se asegura en el diagnóstico de la policía.

Hasta el año pasado, la escuela tenía inscritos algunos alumnos cuyos padres permanecían internos en algún penal bajo proceso por un secuestro en que el menor habría participado.

Según el diagnóstico de la SPP, los alumnos manifiestan interés en “realizar actividades, cuando sean adultos, de violadores, secuestradores y traficantes de drogas, teniendo una firme convicción de ser actividades normales”.

La secundaria Daniel Cosío Villegas es un lugar que posee un imán para atraer la violencia:

En 2005, unos ladrones amagaron con pistola a la familia del conserje para hacer un hueco en la planta alta y robar una tienda de productos chinos que está justo abajo. Meses antes se había roto un muro mal tapiado para entrar a otro negocio adyacente. En septiembre de 2006, en la esquina, un grupo armado logró arrebatarse una camioneta de valores dos millones y medio de pesos a plena luz del día: 15 personas resultaron heridas, incluidos 12 peatones que pasaban por el lugar. Ese día, los gritos y las mentadas de madre callaron ante las balas, estruendo que ya conocen los alumnos de la Cosío Villegas.

Según el conserje de la escuela, Jesús Villanueva, navajas y armas de fuego entran a la secundaria dentro de las mochilas de los alumnos.

“Sí, por acá han andado armados”, asegura.

Si alguien conoce del abandono y la rudeza en las secundarias de la ciudad de México, ese es el ingeniero en electrónica José Eduardo Guzmán Meza, doblado bajo sus cincuenta y pico de años.

Su primera escuela fue la secundaria para Trabajadores 1, en la calle de Regina, de donde salió junto con el último alumno que ahí recibió clases. Se acomodó después en la diurna 307, de Cuauhtepac Barrio Alto, en el extremo norte del Distrito Federal, una zona pobre e insegura.

“El que tenemos aquí en la Cosío Villegas es un alumnado especial. Aquí viene gente corrida de otras escuelas, que ha estado en reformatorios o ante tribunales para menores. Son gente que no está acostumbrada al control ni a reglas establecidas”.

–¿Por qué delitos han estado internos?

–Por robo, casi siempre. Ellos mismos lo platican. Otro problema que he detectado en el poco tiempo que tengo son las drogas. He sacado del baño a alumnos bien drogados. Pido continuamente apoyo a la policía. Vienen un tiempo y se van. Usan marihuana e inhalantes, es muy marcado.

–¿Bebidas alcohólicas?

–También. Hubo el caso de un muchacho que afortunadamente ya no está. Siempre traía su cerveza o su botella de alcohol. La exhibía. Este es el problema en este tipo de escuelas. Son hijos de vendedores ambulantes que están olvidados por sus padres. No tienen control.

–Un reporte de la Policía del DF reporta intentos de violación entre varones como medio de control entre bandas de estudiantes.

–Es posible. Con estos muchachos y este ambiente del Centro Histórico, aquí puede pasar lo inaudito. Durante 25 años que tengo de servicio nunca había visto tanta violencia hasta que llegué aquí. Ocurren cosas absurdas, son muchachos con muchos resentimientos.

–¿Cuáles son las aspiraciones de estos jóvenes?

–El dinero, como sea.

Los resultados están a la vista en la Evaluación Nacional del Logro Académico en Centros Educativos, realizada por la SEP: en la secundaria Daniel Cosío Villegas no existen alumnos que se clasifiquen como “buenos” y mucho menos “excelentes”. El 31 por ciento apenas tiene los conocimientos elementales en matemáticas y el resto, ni eso. Aun así, el profesor busca mejores recuerdos y saca entre los papeles una carpeta en que detalló un proyecto escolar para su secundaria. Ahí define la misión y la visión de la escuela. Presume fotos de cuando sus muchachos se afanaron en un concurso de canto del Himno Nacional Mexicano. Hasta indica la existencia de un canto propio del plantel.

–Pero usted se ve triste.

–Y cómo no. No hay apoyo, es como si se hubieran olvidado de que aquí estamos – responde el profesor cercano a jubilarse.

El profesor de formación cívica y ética, Ernesto Rodríguez Ceja, aparece a la entrada de la diminuta oficina.

–Ya terminé –interrumpe el hombre con las manos cubiertas de yeso.

–Mire, venga y vea usted mismo la escuela –invita Guzmán al reportero. Camina diez metros hacia una pared de tablarroca con dos carteles pegados que tratan de disimular las manchas de yeso fresco.

–Los muchachos los rompen a puñetazos. Pagamos los materiales de nuestra propia bolsa y nosotros mismos hacemos las reparaciones.

–Ayer mismo pinté las paredes –agrega Rodríguez Ceja–. Había insultos. Decían que la maestra Pinto, el profesor de geografía y yo somos putos.

La cabeza abundante en canas del profesor Rodríguez Ceja destaca entre las paredes descarapeladas de la escuela, una vieja estancia de caballerangos hasta hace 90 años, cuando se convirtió en escuela.

Ahora, “puto” es el insulto favorito en la Daniel Cosío Villegas. No hay banca que no luzca la palabra tallada en la paleta, muro que no la ostente, alumno o profesor al que no se le destine.

“Puto” está escrito arriba del pizarrón de primero B. Una flecha hacia abajo indica al destinatario del mensaje: siempre es el profesor. Pero el martes pasado quien estaba delante de la lámina verde era Alfredo P.

Alfredo es el único alumno que viste el uniforme completo, el único que hace la tarea, uno de los pocos que lleva anteojos –¡y vaya que son gruesos!–, el único que calla cuando el maestro habla y a quien todos golpean sin que ofrezca resistencia alguna. Es quien sigue ahí “a pesar de todo”, dice el mismo subdirector.

Ahora ofrece una clase basada en los sismos de 1985, tema del que salta bruscamente hacia una conferencia sobre la amistad entre los perros y los gatos. Sus cinco compañeros ya no están dispuestos a escuchar más.

Uno de ellos, regordete, bajo de estatura y con los cabellos erizados por el gel, extrae un desodorante en aerosol de su mochila y le muestra a la clase como se lo aplica en cada axila.

–¡Cándido! –le grita por su nombre el subdirector Guzmán Meza, intentando que cese de hacerlo. El joven lo desafía y repite la dosis de Rexonna bajo sus brazos. El subdirector lo enfrenta físicamente, pero es repelido por un rocío de líquido.

–¡Tenga, para que ya no apeste! –le dirige Cándido. Todos están, finalmente, atentos. Incluso, otro niño obeso y con largos dientes incisivos, interrumpe la imitación de flatulencias que hacía desde el inicio de la clase con la boca.

–¿Cómo se llegó a esta situación? –se le pregunta a Axel Didrickson, el nuevo secretario de Educación Pública del Distrito Federal.

–Durante las últimas dos décadas las políticas del gobierno federal para la ciudad de México han sufrido un desmantelamiento en la atención a grupos particularmente vulnerables. Tenemos condiciones muy graves en Iztapalapa, Gustavo A. Madero y Milpa Alta, donde no se han desarrollado políticas federales respecto a la atención al sistema educativo público.

“Este abandono”, anota, implicó el crecimiento de la educación particular. “Sin embargo, la gente más vulnerable no puede mandar a sus hijos a una escuela de cuatro mil o cinco mil pesos mensuales, porque con eso sobreviven. Esta es una de las principales causas”.

En esas tres delegaciones –las dos más pobladas y la de menor población– no están “debidamente atendidos” desde la perspectiva escolar.

El funcionario reconoce una situación “dramática” de inseguridad en las escuelas capitalinas, particularmente en secundarias y preparatorias, al grado de que dentro de algunas de ellas el narcomenudeo es una práctica frecuente y los ataques sexuales en salones y baños comienzan a producirse.

–¿Cuál es el futuro de estos jóvenes?

–Incrementar las bandas de delincuentes, si no es que ya están vinculados con alguna. La educación, con este desmantelamiento, con profesores mal pagados, con lugares en donde es súper aburrido ir a estudiar, pues no funciona. Mejor se van a la calle.

–¿Cuántas generaciones están perdidas?

–Es un rezago histórico de años. Estamos perdiendo generaciones enteras: el deterioro fuerte de las condiciones educativas comenzó a finales de los setenta.

–¿Qué tan grande es el esfuerzo necesario para revertir esto?

–Es tremendo, no es cuestión de una administración. El que crea que tenemos soluciones a corto plazo para este tipo de fenómenos está haciendo demagogia. Mientras sigamos reproduciendo lo que tenemos, la iniquidad, el costo de la ignorancia sumada a la desintegración de la sociedad, será terrible. Realmente estamos muy preocupados. Didrickson adelanta que el gobierno de la ciudad lanzará en las próximas semanas un programa cuyo nombre tentativo es Red de Escuelas en Transformación. El propósito es involucrar a padres de familia, organizaciones no gubernamentales y comunidades educativas.

El programa se articulará desde las delegaciones y busca llevar las actividades incluso fuera de la escuela con música, teatro, entretenimiento, exposiciones, radio, danza y cine. Incluso, se buscará certificar la colaboración de los ciudadanos en actividades escolares. También se abrirán talleres de formación de padres y madres. Ya se tiene prevista la edición de manuales sobre sexualidad, adicciones o violencia intrafamiliar. Nada se podrá hacer en materia de planes de estudio debido a que los servicios educativos no se han transferido al gobierno de la capital, sino que dependen de la Secretaría de Educación Pública federal.

Sin embargo, en el aspecto policiaco, ya está en marcha un plan de combate a la inseguridad y el narcomenudeo en las escuelas de la ciudad de México. Pero no ha

tenido muchos resultados. Fue creado por el hoy jefe de Gobierno, Marcelo Ebrard, y se puso en marcha el 1 de septiembre de 2004.

Se llamó Programa Escuela Segura y Libre de Drogas. Se aplicaron dos operativos: “Mochila segura” y “Camino seguro a casa” y se creó la Unidad de Seguridad Escolar la cual participó en el actual diagnóstico de inseguridad y venta de drogas en las escuelas públicas de la ciudad.

Ahora, la policía del DF pretende desplegar operativos con la Unidad de Seguridad en ocho planteles de la delegación Cuauhtémoc, en 18 de Iztapalapa y en 18 más de Gustavo A. Madero consideradas focos rojos.

Algo anda mal con “W”, un niño de nueve años que cursa la primaria en la escuela Alfredo E. Uruchurtu.

Tal vez sea por las frecuentes entradas y salidas de su madre de 26 años de edad del anexo en que lucha contra sus adicciones, por el alcoholismo de su abuela, quien más se responsabiliza de él, o por el abandono de su padre.

No existe nada claro de qué más hay en la vida del niño, excepto que es el mayor de tres hermanos.

Pero “W” no puede evitarlo: una y otra vez abraza por la fuerza a sus compañeras y se restriega contra ellas. Simula violarlas. La experiencia también es conocida por algunos de sus compañeros.

Todos ya desfilaron alguna vez ante la madre de “W” para que reconociera la validez de las acusaciones de la maestra.

En una ocasión la maestra intervino. “Y usted chingue a su madre”, le recetó el niño.

Los casos similares a “W” empiezan a dejar de ser excepcionales.

Un salón más allá está un menor con una marcada compulsión por simular que trae una bolsa con inhalante. En otro, un estudiante casi no habla desde que su padre matara a un judicial en venganza porque el policía violó a una familiar, reseña la secretaria administrativa de la primaria, Ausencia Cotero.

“El 20 por ciento son hijos de reclusos –el informe de la SPP sostiene que son 40 por ciento– presos por robo y homicidio.

“Respecto a los hijos de los comerciantes ambulantes, reconocemos cuando son niños de vendedores con dinero por su prepotencia. Uno al que traté de corregir me dijo un día: ‘Pinche jodida, yo gano en un día lo que tú en una quincena’”, relata Cotero.

Ahí, según la policía, han determinado una relación entre niñas de sexto año y jóvenes mayores con drogas de por medio.

Según el informe de la Secretaría de Seguridad Pública capitalina, la Telesecundaria 90 Ignacio Comonfort, es otro sitio en que los ataques sexuales ente varones son una forma de violencia entre bandas juveniles rivales.

Dice textualmente: “Otro problema grave es la conducta sexual de los estudiantes, ya que se han dado casos de intentos de violaciones entre varones en los baños o salones e incluso este tipo de conducta se presume es para obtener el poder y control del plantel”.

El mismo reporte indica como otro asunto de gravedad la constante introducción a la escuela de marihuana y tachas para su venta.

De poco sirve expulsar a los alumnos narcomenuderos “reincidentes”. “Uno de ellos, Juan Antonio R., mantiene contacto con sus ex compañeros y les vende los narcóticos en su domicilio”.

No es el único proveedor en la zona, de acuerdo con el reporte de la policía del DF. Una mujer llamada Guadalupe Guzmán Rojas también surte dosis en la calle de Colombia, a unas diez casas de la entrada al plantel.

El director, José Agustín Delgado, reclama airado:

“Que quede bien claro: el reporte de la autoridad está absolutamente fuera de la realidad. Tuvimos un problema por uso de drogas, pero el asunto está absolutamente superado”, dice y reconoce como válido el dato reportado por la policía acerca del joven Juan Antonio R.

“Mi escuela no está sumida en el desorden, esa es una visión peliculesca, absolutamente fuera de la realidad. Quizás ocurra en otra escuela. Este es un modelo de telesecundaria”.

Y tan así lo afirma, que dispone que cualquier alumno sea entrevistado y sea él mismo quien relate las condiciones de estudio.

Víctor A. es un joven que a sus 17 años sufre para atravesar el segundo año de secundaria, el cual alterna con actividades en el Pentatlón Militarizado.

Vive en Tláhuac, pero los ingresos familiares dependen de un puesto de productos naturistas colocado en las calles del Centro.

–Puedes hablar con absoluta libertad, di lo que tengas que decir –le autoriza el director.

Víctor dice que, con excepción de los libros de texto, ha leído 15 libros completos. Sólo recuerda uno, *Escritos de un viejo indecente*, de Charles Bukowski.

Que su experiencia más contundente fue un enfrentamiento entre el grupo de ambulantes al que pertenece su madre y la policía. Ese día, él, su mamá y su hermano terminaron en el hospital.

No hay papá, sino padrastro, dedicado a la albañilería al igual que sus hermanos. El resto de la familia tiene sus puestos en el Eje Central.

Se ha ganado varios apodos, pero sólo confiesa tres: *El Pato Lucas*, *Bofi* y *El Hugo*.

–Muchos dirían que vivo en un lugar peligroso, pero por el tiempo que llevo viviendo ya es tranquilo para mí. Hay de todo tipo de drogas: chochos, mariguana, de todo. Lo consigues en la vueltecita –asegura Víctor.

–¿Y en el Centro?

–También. Aquí se puede conseguir todo, teniendo dinero y amigos –asegura.

–¿Y en la escuela?

–He visto que sí meten algunos.

–¿Hay bandas?

–En la zona hay de todo. En esta escuela te puedes encontrar al que sea. Un compañero pertenece a una, otro pertenece a otra y así nos vamos. Si quiero ser de una banda o ser de otra, nada más me piden hacer algo para meterme y ya. Mínimo piden hacer algo que no te agrada a ti. Digamos asaltar o golpear a un chavo. A lo que máximo llega es al hospital.

Entonces, interrumpe el director Delgado:

–Pero no de mi escuela. ¡Acláralo!

–Aquí de la escuela no, pero sí de la calle. Les dicen sectores, cada quien tiene un sector, cada banda tiene calles.

–Pero de eso uno nunca se entera, es afuera –interviene nuevamente Delgado.

–Es que de muchas cosas ustedes nunca se enteran –le responde Víctor.

Los resultados de la telesecundaria en la Evaluación Nacional del Logro Académico en Centros Educativos: 61 por ciento de los alumnos examinados no tienen los conocimientos suficientes en español y 72 por ciento son insuficientes en matemáticas. En ninguna de las dos materias se registran buenos ni excelentes.

Aun así, esta secundaria pertenece al programa Escuela de Calidad de la Secretaría de Educación Pública federal, un plan que busca superar, entre otras cosas, las limitaciones de los directivos para ejercer un liderazgo efectivo y la escasa comunicación entre los actores escolares.

Situada en la calle de Colombia número 33, el terreno en el que funciona el plantel está en disputa, El inmueble es originalmente propiedad del Sindicato Único de Trabajadores del Distrito Federal, pero es reclamado ante tribunales por el PRI, partido que hasta 1997 controló ese gremio y que tiene unas oficinas distritales en el mismo edificio.

En medio del jaloneo está la escuela que reclama parte del viejo inmueble con el argumento de que ha generado derechos sobre el mismo en virtud del tiempo de ocuparlo, unos 30 años.

El 6 de febrero pasado, el presidente Felipe Calderón presentó su programa Escuela Segura e incluyó a tres delegaciones capitalinas como parte de la cobertura inicial a once de los municipios en donde apunta de manera más clara a cuatro situaciones de riesgo: robo, homicidio, portación ilegal de armas y delitos contra la salud.

La idea es atacar el narcomenudeo y la inseguridad en las escuelas y alrededor de éstas a partir de la creación de Consejos Escolares de Participación Social que integran a directivas escolares, padres de familia, maestros, sindicato, alumnos, sociedad civil y ex alumnos.

En su primera etapa, se impartirán talleres de prevención, guías y cuadernos de orientación, programas radiofónicos y de televisión.

Se vinculará a las escuelas al Sistema de Información de la Secretaría de Seguridad Pública federal, mientras que la de Desarrollo Social mejorará la infraestructura urbana alrededor de los planteles, como alumbrado, parques y jardines. La Secretaría de Salud impartirá talleres de prevención a padres, maestros y alumnos.

El plan fue puesto en marcha en Cancún, Culiacán, Morelia, Acapulco, Ciudad Neza, Ciudad Juárez, Tijuana, la zona metropolitana de Guadalajara y tres delegaciones del DF: Álvaro Obregón, Iztapalapa y Gustavo A Madero.

A la hora de presentarlo, la secretaria de Educación Pública, Josefina Vázquez Mota, ofreció distintas cifras en el diagnóstico que han hecho las autoridades a su cargo:

- Uno de cada cinco alumnos mayores de 18 años ven en su escuela un sitio inseguro, según la Encuesta Nacional Sobre Inseguridad 2005.
- También una quinta parte de los niños de primaria y secundaria ven en su escuela un constante sitio de burlas o amenazas, según el Instituto Nacional de Evaluación Educativa.
- El consumo de alcohol entre hombres de los 12 a 17 años de edad creció de 27 a 35 por ciento, mientras que en las niñas pasó del 18 al 25 por ciento.
- Una de cada cinco niñas ingiere bebidas alcohólicas de manera excesiva por lo menos una vez al mes.

- El alcohol está presente en 60 por ciento de los casos de violencia intrafamiliar.
- La edad de inicio de consumo de drogas se ha reducido: antes era a los 14 años y ahora es a los diez años, ya en terrenos de la primaria, según los Centros de Integración Juvenil.

“Es claro que la comunidad afecta el mundo de la escuela; que si en el entorno se violenta la ley, si la autoridad es cómplice de la delincuencia, si las redes del narcomenudeo infiltran nuestras aulas, la escuela será víctima y rehén de esta descomposición”, destacó Vázquez Mota.

La sala de cómputo de la Secundaria Daniel Cosío Villegas tiene 17 computadoras. Diez son cascarones inútiles; las demás van en camino de serlo. Ahí, el director se apresura a mostrar una carta que le envió en 2005 al entonces presidente Vicente Fox, en que le pidió más equipos.

“Me permito distraer su fina atención para saludarle y con todo respeto posible solicitarle computadoras y programas multimedia, el cual usted promueve afortunadamente para impulsar la alta tecnología en las escuelas, lo cual es muy motivante para los alumnos y las alumnas”, suplicó el profesor.

Por respuesta, la secundaria obtuvo dos máquinas usadas y viejas.

En el laboratorio, sólo la mesa del profesor tiene toma de agua, gas y energía eléctrica. La tarja común es derribada cada semana a puntapiés, así que por razones prácticas ya sólo está sostenida por unos ladrillos. La llave de la vitrina de los elementos químicos desapareció hace semanas.

Los ojos de una vaca y de un cerdo flotan a un lado dentro de un frasco de formol y, al otro lado del salón, el esqueleto para la clase de biología perdió el cráneo desde hace varios años.

En el salón de audiovisuales, algún profesor cometió el error de dejar colgando el transformador del reproductor de películas. Al día siguiente los cables ya estaban despedazados. Un equipo de Edusat simplemente desapareció.

–¿Qué pasa aquí? –le pregunto a Enrique C., un alumno de 14 años considerado por sus maestros como uno de los más conflictivos.

–No hay control, los mismos maestros incitan a que todos hagan el desmadre. No hay disciplina tampoco de aquel lado, los maestros ni vienen. Ahorita se supone que me toca química. Nunca les hemos pegado, llegamos, si usted quiere, nomás a mentarles su madre. Eso sí. Ellos lo toman a mal cuando se trata de decirles lo que está mal.

Los papás de Enrique son vendedores ambulantes sin mercancía fija. Él mismo trabaja durante los fines de semana.

–¿Qué tal las broncas?

–Una que otra. A veces se ponen gruesos afuera o adentro. A veces ya hasta se corretean con fogón allá afuera.

–¿Quién saca las armas?

–Los mismos de aquí o de allá afuera, las broncas a veces son con chavos de por acá de la calle.

Los baños han sido destruidos en varias ocasiones y ahora están nuevamente rayados y los depósitos de los excusados aún son escondite para frascos de thíner. De esos baños, el profesor Guzmán Meza ha sacado a los niños hechos trapos de tan drogados.

En esos baños, según la policía del DF, algunos muchachos han intentado violar a algunos de sus compañeros por el control de la diurna Cosío Villegas.

Hoy, la vieja escuela parece no importarle a nadie fuera de sus muros.

Sólo quedan 55 alumnos –de otros seis no está claro qué pasó– distribuidos en una escuela de la que dependen 30 trabajadores, entre académicos, administrativos y de mantenimiento. El instituto, según su subdirector, cuenta con un presupuesto para su remoción de 200 pesos anuales.

Así, la secundaria tiene un índice de deserción de 30 por ciento y de reprobación, de 50 por ciento, detalla Guzmán.

Es difícil pensar que esos estudiantes algún día pisarán una escuela preparatoria. La Daniel Cosío Villegas está a años luz de la universidad.

Pero a sólo 500 metros de la Secretaría de Educación Pública.

“Necesitamos apoyo de psicólogos y psiquiatras, de maestros, de profesores que tengan la capacidad para estar al tanto de ellos. Nos mandan maestros sin experiencia y se les salen los alumnos, hacen lo que quieren. Necesitamos gente que los pueda convencer de la importancia de la escuela”, pide el directivo.

De regreso a la pared en donde había iniciado el recorrido, media hora atrás, Rodríguez Ceja señala los carteles convertidos en jirones. Entre las tiras se pueden ver los huecos en la pared, nuevamente rota a puñetazos.

Sus alumnos lo observan desde la entrada del salón.

–¡Muchachos! –dice con la voz apagada, la vista clavada en el agujero y la cabeza blanca agachada.

–¡Cabeza de semen! –obtiene por respuesta, en alusión a su cabello completamente cano.

–¡Vayan a su salón! –dice en un último afán de corregirlos.

–¡Cabeza de semen! –le insultan una vez más. Y otra más, hasta sumar ocho.